

flarse con esos majestuosos términos de pilastras, arquitrabas, cornisas, orden corintio ó dórico y otros análogos de su jerga, mi imaginación va derecha al palacio de Apolodón, y luego veo que todo ello no son más que las mezquinas piezas de la puerta de mi cocina.

Al oír pronunciar los nombres de metonimia, metáfora, alegoría y otros semejantes de la retórica, ¿no parece que quiere significarse alguna forma de lenguaje rara y peregrina? pues en el fondo todo ello no son más que palabras con las cuales se califica la forma del discurso que vuestra criada emplea en su sencilla charla.

Artificio análogo á éste es el distinguir los empleos de nuestro estado con nombres soberbios sacados de los romanos, aunque no tengan con los antiguos ninguna semejanza, y todavía menos autoridad y poderío. También constituye otro engaño, de que algún día se hará justo cargo á nuestro siglo, el aplicar indignamente, á quien mejor se nos antoja, los sobrenombres más gloriosos, que la antigüedad no concedió sino á uno ó dos personajes en cada siglo. Platón llevó el dictado de divino por universal consentimiento, y nadie ha intentado disputárselo. Los italianos que se vanaglorian, con motivo, de tener el espíritu más despierto y la razón más sana que las demás naciones de su tiempo, acaban de gratificar al Aretino con el mismo sobrenombre que á Platón acompaña. Ese escritor, salvo una forma hinchada, en la que sin duda abundan los rasgos ingeniosos, pero que tienen mucho de artificiales y rebuscados, y alguna elocuencia, no veo que sobrepase en nada á los demás autores de su tiempo; ¿le falta tanto para alcanzar aquella divinidad antigua! El calificativo de grandes se lo colgamos á príncipes que en nada sobrepasan la grandeza popular.

CAPÍTULO LII

DE LA PARSIMONIA DE LOS ANTIGUOS

Atilio Régulo, general en África del ejército romano, en medio de sus glorias y victorias contra los cartagineses, comunicaba á la república que un jornalero que había dejado al cuidado de su hacienda, la cual se componía en todo de siete fanegas de tierra, le había robado sus útiles de labranza; y pedía licencia para volver á su país y proveer á tan urgente necesidad, temiendo que su esposa é hijos corrieran riesgo por tal accidente. El Senado se encargó de poner otro criado en lugar del desaparecido; hizo donación á Régulo de los utensilios de labranza necesarios, y ordenó que el Estado proveyera al sostenimiento de su familia.

Catón el antiguo, al regresar de España donde había ejer-

cido el cargo de cónsul, vendió su caballo á fin de economizar el dinero que le hubiera costado llevarlo por mar á Italia. Cuando gobernaba en Cerdeña hacía sus visitas de inspección á pie, no llevando en su compañía más que un solo oficial que trasportaba sus vestidos y el vaso de los sacrificios, y casi siempre conducía él mismo su bagaje de mano. Enorgulleciase de no haber usado nunca traje que costara más de diez escudos; de no haber gastado en el mercado más de diez sueldos por día, y de que entre las casas de campo que poseía ninguna tuviera la fachada blanqueada ni revocada.

Después de haber alcanzado dos victorias y desempeñado dos consulados, Escipión Emiliano ejerció el cargo de legado, y tuvo sólo siete servidores en su compañía. Dicese que Homero nunca tuvo más que uno; Platón tres y Zenón, el maestro de la secta estoica, ni uno siquiera. A Tiberio Graco no se le concedieron más que cinco sueldos y medio por día, en ocasión en que desempeñaba una comisión de la república, y siendo en aquel entonces el hombre más importante de Roma.

CAPÍTULO LIII

DE UNA SENTENCIA DE CÉSAR

Si nos detuviéramos alguna vez en examinarnos, y el tiempo que empleamos en fiscalizar á los demás y en conocer las cosas exteriores lo ocupáramos en sondear nuestro interior, nos convenceríamos presto de que nuestra contextura está formada de piezas insignificantes y deleznales. ¿No constituye, en efecto, un testimonio singular de imperfección la circunstancia de que no podamos detener nuestro contento y nuestra satisfacción en cosa alguna, y que la imaginación y el deseo nos impidan elegir el camino que nos es más adecuado? De ello es buena prueba esa gran disputa que sostuvieron siempre los filósofos á fin de encontrar el soberano bien del hombre, la cual dura todavía y durará eternamente sin que jamás se llegue á una solución ó acuerdo:

Dum abest quod avemus, id exsperare videtur
Cætera: post aliud, quum contigit illud, avemus,
Et sitis æqua tenet¹.

Nada nos satisface de lo que disfrutamos y gozamos; marchamos siempre con la boca abierta tras las cosas desconocidas que están por venir, porque las presentes no lle-

1. Aquello que no poseemos se nos antoja siempre el bien supremo; mas cuando llegamos á gozar del objeto ansiado suspiramos por otra cosa con ardor idéntico, y nuestra sed es siempre igualmente insaciable. LUCRECIO, III, 1095.

nan nuestros deseos; y no precisamente porque existan razones para que no nos satisfagan, sino porque las cojemos con mano débil é insegura:

Nam quum vidit hic, ad victum quæ flagitat usus,
Omnia jam ferme mortalibus esse parata;
Divitiis homines, et honore, et laude potentes
Affluere, atque bona naturæ excellere fama;
Nec minus esse domi cuiquam tamen anxia corda,
Atque animum infestis cogi servire querelis:
Intellexit ibi vitium vas efficere ipsum,
Omniaque, illius vitio, corrumpierintus.
Quæ collata foris et commoda quæque venirent 1.

Nuestros deseos carecen de resolución y son inciertos, nada puede nuestro apetito conservar ni disfrutar convenientemente. Como el hombre estima que su desgracia emana de las cosas que posee, trata de llenarse y saciarse con otras que desconoce y de que no tiene la menor noticia, á las cuales aplica sus esperanzas é ilusiones, considerándolas con honor y reverencia, como César dice: *Communi fit vitio nature, ut invidis, latitantibus atque incognitis rebus magis confidamus, vehementiusque exterreamur* 2.

CAPÍTULO LIV

DE LAS VANAS SUTILIDADES

Existen sutilezas frívolas y vanas por medio de las cuales buscan á veces los hombres el renombre, como por ejemplo, los poetas que componen obras enteras cuyos versos comienzan todos con igual letra; vemos también huevos, esferas, alas y hachas, que los griegos componían anti-guamente con versos rimados, alargándolos ó acortándolos de manera que representaran tal ó cual figura; no en otra cosa consistía la ciencia del que se entretuvo en contar de cuántos modos podían colocarse las letras del alfabeto, el cual encontró el inverosímil número que se lee en Plutarco. Yo apruebo el proceder de aquél á quien presentaron un hombre tan diestro que, arrojando con la mano un grano de mijo, lo hacía pasar por el ojo de una aguja; habiéndole pedido algún presente como retribución de habilidad tan singular, ordenó, justa y perspicazmente á mi ver, que entregaran á semejante obrero dos ó

1. Considerando Epicuro que los mortales disponen aproximadamente de cuanto necesitan, y que sin embargo de contar con riquezas, honores, glorias é hijos gallardos, no por ello se ven libres de mil interiores desdichas ni dejan de gemir como los esclavos en las cárceles, comprendió que todo el mal procede del vaso mismo, el cual, corrompido, de antemano, agría y estropea todo cuanto en él se vierte. *LUCRECIO, VI, 9.*

2. Merced á un vicio común de la humana naturaleza acontece que tenemos mayor confianza y temor mayor en las cosas que no hemos visto, y que están ocultas y nos son desconocidas. *De Bello civili, II, 4.*

tres fanegas del mismo grano, á fin de que su arte no dejara de ejercitarse. Testimonio maravilloso es éste de la flojedad de nuestro juicio, que recomienda las cosas por su novedad y rareza, ó por la dificultad de realizarlas, sin atender á la bondad ó utilidad que las acompaña.

En mi casa nos entretenemos al presente en un juego que consiste en hallar el mayor número de nombres que representan los dos extremos de las cosas; por ejemplo: Sire es el título que se da á la persona más elevada de nuestro Estado, que es el rey, y se aplica igualmente al vulgo, como á los comerciantes, sin que con él se designe nunca á los hombres de clase media. Á las mujeres de calidad, se las llama damas; á las de mediana, señoritas; y se aplica también el nombre de damas á las que son de la extracción más baja. Los dados que se juegan en las mesas, no son permitidos más que en las casas de los reyes y en las tabernas. Decía Demócrito, que los dioses y las bestias tenían los sentidos más aguzados que los hombres, que en este punto se mantienen á mediana altura. Los romanos vestían igual traje los días de duelo que los de fiesta. Es cosa probada que el miedo extremado y el extremo ardor y brío alteran igualmente el vientre y lo descomponen. El apodo de Temblón, con que fué designado Sancho de Navarra, testifica que lo mismo el valor que el temor engendran el estremecimiento de los miembros del cuerpo. Aquél, á quien sus gentes armaban y velan rehilar de pavor, tratando de tranquilizarle disminuyendo el peligro que se presentaba, respondió: « No me conocéis bien; si supiera mi carne el lugar donde mi arrojó la conducirá, al momento caería por tierra hecha pedazos. » La debilidad que nos procura el frío y la repugnancia en el ejercicio de los placeres de Venus, es producida también por el apetito demasiado vehemente y por el ardor desarreglado. El frío y el calor extremos, cuecen y tuestan: Aristóteles dice que los lingotes de plomo se funden y liquidan con el frío rigoroso del invierno, lo mismo que con el calor fuerte del verano. Lo mismo el deseo que la hartura, producen el dolor en los que los experimentan. La estupidez y la sabiduría, participan de sentimientos análogos ante el sufrimiento de los males humanos. Los filósofos vencen y gobiernan el mal, los otros lo desconocen; éstos se encuentran, por decirlo así, más acá de los accidentes, los otros más allá. El filósofo, después de haber pesado con detenimiento y considerado las cosas, después de haberlas medido y juzgado tales cual son, colócase por cima de ellas merced á su fuerza vigorosa, las desdeña y pisotea, como dueño que es de un alma fuerte y sólida, contra la cual nada pueden los vaivenes de la fortuna, puesto que se las han con un cuerpo en el cual nada puede causar impresión. La condición ordinaria y media de los hombres, se encuentra entre esos dos extremos: la de

los que advierten los males, los sienten y por incapacidad no pueden soportarlos. La infancia y la decrepitud tienen de común idéntica debilidad cerebral; la avaricia y la generosidad, análogo deseo de adquirir y acaparar.

Puede decirse con verosimilitud que existe una ignorancia supina, que antecede á la ciencia, y otra doctoral que la sigue: ignorancia es esta última que la ciencia engendra y produce, del propio modo que deshace y destruye la primera. Los espíritus sencillos, menos curiosos y menos instruidos, se convierten en buenos cristianos; por respeto y obediencia creen con ingenuidad y se mantienen bajo la disciplina que las leyes dictan. En el mediano vigor de los espíritus y en la capacidad mediana, se engendra el error de las opiniones; éstos se dejan llevar por la apariencia de la interpretación primera, y se creen con luces bastantes para considerarnos como estúpidos y negados por el hecho de mantenernos en las antiguas creencias. Los espíritus grandes, más claravidentes y tranquilos, forman otra clase entre los buenos creyentes; ayudados por una dilatada y religiosa investigación, penetran de un modo más profundo la luz de las Escrituras y sienten el secreto misterioso y divino de nuestro régimen eclesiástico; por eso vemos algunos hombres que alcanzaron este estado guiados por la ciencia, con maravilloso fruto y confirmación, como el extremo límite de la cristiana inteligencia, y llegaron á gozar de su victoria acompañados de consolación inefable, acciones de gracias, cambio en las costumbres y modestia resignada. No incluyo en este rango á esos otros que, procurando purgarse de toda mancha de error pasado, y á fin de darnos buena opinión de sí mismos, conviértense en extremados, indiscretos é injustos hacia nuestra causa, y la manchan con infinitos reproches de violencia. Los sencillos campesinos son gentes honradas, y gentes honradas son también los filósofos, ó conforme nuestro siglo los nombra, naturalezas fuertes y claras, enriquecidas con una instrucción amplia en las ciencias útiles. Los mestizos, los que no son sabios ni tampoco ignorantes, los que no quisieron permanecer á obscuras en punto á instrucción, pero que no pudieron llegar á la sabiduría, los que tienen el culo entre dos sillas (entre los cuales me cuento yo y tantos otros), son peligrosos, ineptos, importunos; éstos son los que trastornan el mundo. Por esta razón procuro yo acercarme cuanto puedo á los ignorantes, de quienes inútilmente intenté alejarme. La poesía popular y puramente natural tiene candorosidades y gracias que la equiparan con la poesía perfecta, en la que se cumplen todos los preceptos artísticos, como se ve, por ejemplo, en las canciones rústicas de Gascuña, y en los cantos que conocemos de pueblos que no tienen ciencia alguna, ni conocimiento de la escritura. La poesía mediocre, que ocupa un lugar entre

ambas, se desdeña y considera como cosa sin mérito ni valer.

Y puesto que luego que el paso ha sido franqueado por nuestro espíritu, yo creo, como ordinariamente acontece, que considerábamos como ejercicio difícil y complicado lo que no lo es en modo alguno, y tan pronto como nuestra fantasía encuentra el camino de la inspiración, descubre infinito número de ejemplos como los de que en este capítulo hablo, no añadiré más que el siguiente á los ya expuestos: si estos *Ensayos* fueran dignos de ser juzgados, bien podría ocurrir, á mi parecer, que no gustasen mucho á los espíritus comunes y vulgares, ni tampoco á los singulares y excelentes; aquéllos no los entenderían suficientemente, y éstos los comprenderían de sobra. De suerte que podrían ir tirando entre las gentes de mediana inteligencia.

CAPÍTULO LV

DE LOS OLORES

Cuéntase de algunos hombres, como de Alejandro el Grande, que su traspiración esparcía un olor suave, por virtud de una complexión rara y extraordinaria. Plutarco y otros escritores buscaron la causa de semejante singularidad; mas la general constitución del cuerpo humano demuestra lo contrario, y la cualidad más ventajosa que éstos puedan poseer, es la de estar exentos de todo aroma. La dulzura misma del aliento más puro, nunca es más perfecta que cuando no tiene olor alguno que nos sorprenda, como ocurre con los niños sanos. He aquí por qué dice Plauto:

Mulier tum bene olet, ubi nihil olet;

«el olor más exquisito que puede tener una mujer, es carecer en absoluto de aroma». En cuanto á los buenos olores, hay razón para considerar como sospechosa á la persona que los usa, y puede juzgarse que los emplea para disimular algún defecto natural. De aquí nace la opinión, en que los poetas antiguos convienen, de que es oler mal el exhalar buen olor:

Rides nos, Coracine, nil olentes:
Malo, quam bene olera, nil olere¹.

Y en otro pasaje:

Postume, non bene olet, qui bene semper olet².

Yo gusto, sin embargo, mucho encontrarme rodeado de

1. Te burlas de mí, Coracino, porque no estoy perfumado; prefiero no oler á nada mejor que oler bien. — MARCIAL, VI, 53, 4.
2. Póstumo, quien huele siempre bien, huele mal. MARCIAL, II, 12, 14.

olores exquisitos, y por cima de todo detesto los mefiticos, que atraigo hacia mí más que ningún otro:

Namque sagacius unus odoror,
Polypus, an gravis hirsutis cubet hircus in alis,
Quam canis acer, ubi lateat sus¹.

Los más simples y naturales, me parecen los más agradables. Este cuidado toca principalmente á las damas: en medio de la barbarie más completa, las mujeres escitas, después del baño, se espolvoreaban y embadurnaban la cara y todo el cuerpo con cierta droga olorosa que había en su territorio; pero luego, cuando se acercaban á los hombres, despojábanse de tal afeite y se encontraban pulidas y perfumadas. Sea cual fuere el aroma que me rodee, es maravilla cómo se me pega; mi cutis es de los más aptos para impregnarse. El que se quejaba de nuestra constitución orgánica porque la naturaleza no dotó al hombre de instrumento hábil para llevar los olores al olfato, incurría en error grande, pues los olores mismos se encargan de encontrar el camino; á mí, en particular, me sirve el bigote de vehiculo; como lo tengo áspero, cuando aproximó á él los guantes ó el pañuelo, guarda el aroma todo un día; mi bigote declara el sitio donde he estado. Los besos apretados de la juventud, sabrosos, glotonos y pegajosos, permanecían en él allá en otro tiempo, y persistían dos ó tres horas después de estampados. Y sin embargo, tan poco sujeto estoy á las enfermedades infecciosas que se propagan por la frecuentación y á que sirve de instrumento el aire, que he salido ileso de las de mi tiempo, pues las ha habido de diversas suertes en nuestros ejércitos y en nuestras ciudades. Dicese de Sócrates que habiendo permanecido en Atenas durante tantas epidemias como afligieron á su ciudad, nunca fué atacado por el mal.

Los médicos podrían alcanzar de los olores mayor partido del que sacan, pues por lo que á mí toca, he advertido con frecuencia que mi organismo se modifica según la esencia de los mismos, por lo cual apruebo el uso del incienso y otros perfumes en las iglesias, tan antiguo y tan extendido en todas las naciones y en todos los cultos. Esos aromas purifican y despiertan nuestros sentidos y nos hacen más aptos para la contemplación.

Hubiera querido gustar, para juzgar con fundamento de ella, la labor de las cocineras que saben aliñar las carnes con olores penetrantes; condimentadas así se le sirvieron al rey de Túnez, que en nuestra época desembarcó en Nápoles para parlamentar con Carlos V. Se aderezaron las aves con drogas odoríferas de suntuosidad tanta, que el coste de un pavo real y dos faisanes llegó á la suma de cien

1. Mi olfato percibe los malos olores con sutileza mayor que un perro de nariz excelente reconoce la guarida del jabali. HORACIO, *Epod.*, 12, 4.

ducados, después de preparados para el paladar del soberano de Africa; y cuando se trincharon, no solamente en la sala, en todas las habitaciones del palacio y en las casas circunvecinas había un vapor suavísimo, que tardó bastante en disiparse.

Lo primero que yo procuro al establecerme en cualquier lugar, es huir de la atmósfera densa y mal oliente. Esas dos hermosas ciudades de Venecia y Paris pierden mucho de la estimación en que las tengo é causa de las emanaciones acres que se desprenden de los canales de la primera, y de las fangosas calles de la segunda.

CAPÍTULO LVI

DE LAS ORACIONES

Á semejanza de los que plantean cuestiones dudosas para que sean debatidas en las escuelas, propongo yo aquí ideas informes é indecisas, no para dejar sentada la verdad, sino para buscarla, y las someto á la consideración de aquellos á quienes corresponde el juzgarlas; y no ya sólo mis acciones y escritos, sino hasta mis pensamientos. Será por consiguiente igualmente admisible y útil para mí la aprobación como la desaprobación, y desde luego declaro absurdo é impio todo principio que por ignorancia ó inadvertencia se haya escapado de mi pluma y sea contrario á las santas resoluciones y prescripciones de la Iglesia católica, apostólica y romana, en la cual he nacido y pienso morir. Encomendándome siempre á la autoridad de su censura, que todo lo puede sobre mí, me meto temerariamente á hablar de todas las cosas en estas divagaciones.

Ignoro si estoy en lo cierto, pero entiendo que habiéndosenos prescrito por una merced particular de la bondad divina una oración que salió de la boca de nuestro Señor, palabra por palabra, siempre he pensado que debíamos rezarla con más frecuencia de lo que ordinariamente acostumbramos; y si mi dictamen se aceptara, la diríamos al empezar y al acabar de comer, al acostarnos y al levantarnos; en todo momento en que nos ponemos á orar, quisiera yo que fuese el Padrenuestro la oración que los cristianos recitasen constantemente. Puede la Iglesia aumentar el número de oraciones y modificarlas según que la necesidad de nuestra instrucción lo exija, pues la idea y esencia de ellas siempre es idéntica y jamás se modifica; mas de todas suertes, el Padrenuestro debiera tener el privilegio de estar perennemente en boca del pueblo, pues sobre contener cuanto nos es necesario, es plegaria muy adecuada en toda circunstancia. Es la única de que me sirvo yo

siempre, y la repito en lugar de emplear otras, de donde resulta que es la que recuerdo mejor.

Algunas veces considero cuál puede ser la causa del error que perpetramos al recurrir á Dios en todas nuestras empresas y designios; al llamarle en nuestra ayuda, sea cual fuere el lugar en que nuestra flaqueza necesite de su auxilio, sin tener en cuenta si nuestros propósitos son justos ó injustos. Dios es nuestro solo y único protector y lo puede todo para ayudarnos; á pesar de que se digna honrarnos con su paternal apoyo, es además tan justo como bueno y poderoso, y usa con más frecuencia para con nosotros de su justicia que de su poder, favoreciéndonos según aquella, no conforme á nuestras súplicas. Platón en su libro de las Leyes, dice que hay tres clases de creencias igualmente injuriosas á los ojos de los dioses:

« Creer que no existan; que no se mezclan en las cosas de la tierra, y que nada dejan de conceder ante nuestras súplicas, ofrendas y sacrificios. »

El primer error, según el filósofo, no es jamás inmutable desde el nacimiento hasta la muerte de un hombre; los otros dos pueden ser constantemente sustentados.

La justicia y el poder de Dios son inseparables, y por consiguiente imploramos en vano su socorro para que favorezca una mala causa. Preciso es tener el alma limpia de toda mancha y libre de pasiones viciosas, cuando menos en el momento en que le rogamos; de lo contrario le procuramos el látigo para que nos aplique el castigo; en lugar de reparar nuestra culpa la duplicamos, presentando á aquel de quien solicitamos el perdón un corazón lleno de odio é irreverencia. Por eso no se dirige mi alabanza á los que ruegan á Dios más frecuente y ordinariamente, si las acciones que ejecutan antes de la devoción no muestran el testimonio de alguna enmienda y reforma,

Si, nocturnus adulter,
Tempora santónico velas adoperta cucullo *.

Y el estado de un hombre que mezcla con la devoción los actos de una vida execrable, es desde luego más digno de censura que el de otro hombre que se mantiene constantemente sumido en toda suerte de disolución; sin embargo, nuestra Iglesia rechaza todos los días sus gracias á los que persisten en la práctica de costumbres depravadas. Rezamos por uso y costumbre, ó por mejor decir, leemos ó recitamos nuestras oraciones, lo cual no es en suma más que apariencia y gesto. Me disgusta el ver hacer tres veces el signo de la cruz al Benedicite, y á las Gracias otras tantas, y más desapruero todavía, por ser un signo que reverencio, el continuo uso que de él hacemos, hasta

* Si para saciar de noche tus adúlteros deseos cubres tu cabeza con la capa gala. JUVENAL, VIII, 144.

cuando el bostezo nos acomete. Y juntamente con tantos actos devotos las restantes horas del día vémoslas ocupadas en el odio, la injusticia y la avaricia: al vicio se dedica su tiempo y á Dios el suyo, como por compensación ó componenda. Es cosa milagrosa el ver la continuación de acciones tan diversas, sin interrupción ni alteración. ¿Cuál es la conciencia prodigiosa que acierte á encontrar reposo albergando en idéntico lugar al crimen y al que lo juzga? Un hombre á quien la lascivia gobierna la cabeza, y que supone este vicio odioso á los ojos de Dios, ¿qué dice al Señor cuando de él le habla? Se enmienda por el momento, mas instantáneamente cae de nuevo en el pecado. Si la justicia divina le tocara como dice, y castigase su alma, por corta que fuese la penitencia, el temor mismo alejaría con tanta presteza sus viles pensamientos, que al momento sentiríase capaz de dominar los vicios que se encuentran en él encarnados. ¿Y qué decir de los que á sabiendas consagran su vida entera al pecado mortal? ¡Cuántos oficios, profesiones y ocupaciones admitidos existen en el mundo, cuya esencia es viciosa! Y qué decir de un hombre que me declaró haber practicado durante todo un periodo de su vida una religión condenable á juicio suyo, y contraria á las creencias de su pecho, sólo por conservar su crédito y el honor de sus cargos? ¿Cómo osó siquiera emplear razonamiento semejante? ¿Qué lenguaje emplean tales gentes en este punto ante la justicia divina? Consistiendo su arrepentimiento en una reparación visiblemente acomodaticia, esas gentes pierden ante Dios y ante los hombres el medio de alegrarlo. ¿Cómo osan solicitar el perdón sin que á ellos llegue el arrepentimiento? Yo creo que con los primeros acontece lo propio que con los segundos; pero la obstinación de aquéllos no es tan fácil de conducir al buen camino. Tal contrariedad, tan repentino cambio de opinión como simulan, ofrecen para mi todas las apariencias de un milagro. Esos hombres nos muestran el estado permanente de una ruda agonía.

¡Qué extraña me pareció la idea de los que en estos últimos años tenían por costumbre hacer un cargo á todos aquellos en que brillaba alguna claridad de espíritu, y que profesaban la religión católica! Esas personas nos decían que fingíamos, que no éramos sinceros. Y aseguraban, además, para con ello honrarnos, que los católicos no podían menos, en su fuero interno, de abrigar sus creencias. Desagradable enfermedad la de creerse tan fuerte hasta el extremo de persuadirse de que no se pueden profesar doctrinas contrarias á las propias, y más desagradable aún la persuasión de un tal espíritu que prefiere los beneficios que le procura la práctica de una religión que en su fuero interior condena, á las esperanzas y amenazas de la vida eterna. Pueden gentes tales creer lo que digo, si algo hu-

biera tentado mi juventud, la ambición del azar y dificultad que siguieron á esta empresa reciente hubiese tenido una buena parte.

No sin poderosa razón, á mi entender, prohíbe la Iglesia el uso promiscuo, temerario é indiscreto de los cánticos sagrados y divinos que el Espíritu Santo dictó á David. No debemos mezclar el nombre del Señor en nuestras acciones sino con atención reverente, llena de honor y respeto: esa voz es demasiado divina para no hacer de ella otro uso que el de ejercitar los pulmones y procurar que nuestros oídos gusten una música grata; la conciencia debe entonar esos cantos, no la lengua. No es razonable que un marmiteo en medio de sus vanos y frívolos pensamientos se entretenga y divierta con las salmodias divinas; y es absurdo también el ver rodar por un tocador ó por una cocina el libro santo de los sagrados misterios de nuestras creencias: misterios eran en otro tiempo, al presente no son más que amores y diversiones. No es yendo como de paso y tumultuariamente como se practica un estudio tan severo y venerable; debe ser un acto determinado y fijo, al cual siempre ha de acompañar esta introducción de nuestro oficio: *Sursum corda*, y hasta que nuestro mismo cuerpo permanezca puro, para testimoniar así en nosotros particular atención y reverencia. No es un estudio para todo el mundo; es la ocupación de personas consagradas á él, y al cual Dios las llama; los malos y los ignorantes empeoran consagrándose á la interpretación de los libros santos, que no son como la relación de una historia, son una historia digna de reverencia, temor y adoración. ¡Buenas gentes que creen haberla puesto al alcance del pueblo por haberla traducido en lengua vulgar! No es la culpa de las palabras el que no se comprenda todo lo que se encuentra escrito. ¿Diré yo más? Por pretender inculcar en las gentes eso poco que pretenden, las hacen marchar hacia atrás; la ignorancia pura, confiada á otro, era mucho más saludable y sabia que esa ciencia parlera y vana, engendradora de presunción y temeridad. Creo también que el otorgar á cada uno la libertad de trasladar una palabra tan elevada y religiosa en tantas lenguas diferentes, es mucho más perjudicial que útil.

Los judíos, los mahometanos y casi todas las demás sectas, han aceptado y reverencian el lenguaje en el cual originariamente fueron concebidos sus misterios, y entre ellos está prohibida la alteración y el cambio, no sin razón sobrada. ¿Estamos bien seguros de que haya en las provincias vascas y bretonas jueces capaces para apreciar una traducción en sus respectivas lenguas? La Iglesia universal no tiene juicio más arduo ni solemne que emitir. Cuando se predica ó cuando se habla, la interpretación de los textos es vaga, libre, mudable y sólo de éste ó del otro versículo,

no de la Biblia entera, lo cual es asunto mucho más grave.

Uno de nuestros historiadores griegos censura justamente á su siglo porque los secretos de la religión cristiana corrían por las calles, en boca de los más insignificantes artesanos, y porque cada cual pudiera debatir sobre ellos y emitir su opinión; lo cual, según el propio historiador, debería avergonzarnos á nosotros, que por la gracia de Dios gozamos de los misterios puros de la piedad, dejándolos profanar en boca de personas ignorantes y vulgares, en atención á que los gentiles prohibían á Sócrates y á Platón, á los más sabios, el hablar é informarse de las cosas encomendadas á los sacerdotes de Delfos. El mismo historiador dice que los partidos políticos y los principes, por lo que á la teología toca, están armados, no de celo, sino de cólera; que el primero se fundamenta en la razón y divina justicia, conduciéndose ordenada y moderadamente, pero que si se cambia en odio y envidia, produce en lugar de trigo y racimos, cizaña y ortigas cuando lo conduce una pasión humana. Con igual justicia aconsejaba otro escritor al emperador Teodosio, diciéndole que las disputas teológicas no aplacaban los cismas de la iglesia, sino que los encendían y animaban las herejías; que por lo mismo era preciso huir de las argumentaciones dialécticas y acomodarse de todo en todo á las prescripciones y fórmulas de la fe establecidas por los antiguos. El emperador Andrónico encontró en su palacio á dos cortesanos trabados de palabras contra Lapodio, sobre un punto importante de la fe, y los amonestó fuertemente, llegando su amenaza hasta decirles que los lanzaría al río si continuaban discutiendo. Hoy día los niños y las mujeres reprenden á los más viejos y más experimentados en lo que toca á las leyes eclesiásticas, y sin embargo, ¡qué contraste! la primera orden de Platón en su Tratado prohibía á los primeros hasta el informarse del fundamento de las leyes civiles que debían sustituir á los preceptos divinos; á los ancianos sólo era permitido comunicar su parecer en este punto entre ellos y el magistrado; y el filósofo añade aun esta limitación: «isempre y cuando que no sea en presencia de jóvenes ni de personas profanas».

Un obispo escribió que en el otro extremo del mundo hay una isla, que los antiguos llamaban Dioscóride, feraz en toda suerte de árboles y frutos y de atmósfera saludable, de la cual los habitantes son cristianos y tienen templos y altares adornados sólo con cruces, sin ninguna imagen; aquellas gentes son fieles observadores del precepto del ayuno y de la santificación de las fiestas; pagan puntualmente el diezmo á los sacerdotes, y son tan castos que ninguno puede tener tratos más que con una mujer en toda su vida. Por lo demás, viven contentos con su fortuna; encontrándose en medio del mar ignoran el uso de

los navíos; son tan sencillos que de la religión que tan escrupulosamente observan no comprenden ni una sola palabra, cosa que parecería increíble á quien no supiera que los paganos, idólatras tan devotos, sólo conocen de sus dioses el nombre y la imagen. El comienzo de Menalipo, tragedia de Eurípides, dice así en la traducción de Amyot:

O Jupiter ! car de toy rien sinon
Je ne cognois seulement que le nom ¹.

Yo he visto también no ha mucho quejarse de algunos escritos porque son puramente humanos y filosóficos sin mezcla de teología. Quien censurara lo contrario, quizás estuviera en lo cierto, pues la doctrina divina tiene su rango aparte, como reina y dominadora. Ella debe ser principal en todas partes, no sufragánea ni subsidiaria. Sáquense en buen hora los ejemplos de la gramática, de la retórica, de la lógica, los cuales son por otra parte más adecuados que no los de una tan santa doctrina; también los asuntos dramáticos, los juegos y espectáculos públicos deben apartarse de la religión; que las divinas razones se consideren, veneren y reverencien solas, en el estilo que las es propio, y no aparejadas con los razonamientos humanos; mejor es que se eche de ver la falta de que los teólogos escriban demasiado humanamente, que el que los humanistas escriban con exceso de teología. La filosofía, dice san Juan Crisóstomo, ha ya tiempo que se arrojó de la escuela santa como sierva inútil, digna de ver, solamente de pasada, desde el dintel, el sagrario de los santos tesoros de la doctrina celeste, pues el lenguaje humano tiene sus formas peculiares, las cuales son bajas, y no debe servirse de la dignidad, majestad y realeza del hablar divino. Yo consiento por lo que á mí toca, en que diga *verbis indisciplinatis*, Fortuna, Destino, Accidente, Dicha y Desgracia; en que cite á los dioses y emplee otras frases conformes á su modo. Yo propongo estas mis humanas fantasías simplemente, como tales, é independientemente consideradas; no como acordadas y ordenadas por la sabiduría celeste, ni como absolutas é incontrovertibles; sólo como materia de opinión, no como materia de fe; lo que yo discuro según mis propias ideas, no lo que creo según Dios; como los muchachos proponen sus ejercicios para ser instruídos, no para instruir; de una manera laica, no sacerdotal, pero religiosísima siempre.

¿Y no se dirá también, no sin algún viso de razón, que el derecho de entrometerse, y eso con toda reserva, á escribir sobre la religión incumbe sólo á los que de ello hacen profesión expresa; que esto no está quizás exento

1. ¡Oh Júpiter! en medio de todas tus grandezas sólo tu nombre me es conocido.

de alguna imagen de utilidad y justicia, y que yo debiera también callarme? Hanme dicho que hasta los mismos que no practican nuestra fe prohíben sin embargo entre ellos el empleo del nombre de Dios en las cosas comunes; no quieren que de tan santo nombre se sirvan ni á manera de interjección y exclamación, ni para dar testimonio de cosa alguna, ni para establecer una comparación, en lo cual entiendo que obran cuerdate. Como quiera que invoquemos á Dios en nuestro comercio y sociedad es preciso siempre que se haga seria y religiosamente.

En un pasaje de Jenofonte se lee, si no recuerdo mal, que debemos sólo rara vez rogar á Dios, porque no es fácil que con mucha frecuencia nos sea dable hacer que nuestra alma se encuentre dispuesta para la oración, ni que esté en el camino de la enmienda, recogida en completa devoción. Si así no acontece, nuestras oraciones no solamente son vanas é inútiles, son viciosas además. « Perdonanos, decimos, como nosotros perdonamos á los que nos ofendieron »; ¿qué declaramos con estas palabras, sino que ofrecemos á Dios nuestra alma exenta de rencor y venganza? Sin embargo, invocamos á Dios y su ayuda para que sea cómplice de nuestras culpas y le invitamos á la injusticia.

Quæ, nisi seductis, nequeas committere divis ¹.

El avaricioso le ruega por la conservación vana y superflua de sus tesoros; el ambicioso por sus victorias y por el triunfo de su pasión; el ladrón le llama en su ayuda para franquear el azar y las dificultades que se oponen á la ejecución de sus viles empresas, ó le da gracias por la facilidad con que degolló á un caminante; al pie de la casa que se dispone á escalar ó asaltar hace sus oraciones, mientras su intención y su esperanza están impregnadas de crueldad, lujuria ó codicia:

Hoc ipsum, quo tu Jovis aurem impellere tentas,
Dic agedum Staió: Proh Juppiter! o bone, clamet,
Juppiter! At sese non clamet Juppiter ipse ²?

La reina Margarita de Navarra habla de un príncipe joven, que aunque no nombra su grandeza le ha hecho conocer suficientemente, el cual, para asistir á una cita amorosa y acostarse con la mujer de un abogado de París, tenía que atravesar una iglesia, por donde no pasaba nunca, ni á la ida ni á la vuelta de su gira sin hacer sus rezos y oraciones. Teniendo el alma llena de aquella acción reprobable, hay razón para preguntar en qué empleaba el favor

1. Pidiendo cosas que sólo pueden comunicarse á los dioses llamándolos aparte. PENSRO, II, 4.

2. Di á Stayo lo que quisieras alcanzar de Júpiter: « Gran Júpiter, exclamará Stayo, ¿por ventura pueden hacerse peticiones semejantes? » ¿Y tú crees que Júpiter mismo no hablará como Stayo? PENSRO, II, 21.

divino. La reina, sin embargo, cita el hecho como ejemplo de singular devoción. No es la relación de este suceso solamente lo que prueba que las mujeres son casi nulas para tratar las cuestiones teológicas.

Una verdadera plegaria y una reconciliación completa de nuestra alma para con Dios no pueden asilarse en un alma impura, sometida en el momento mismo en que ora á la dominación de Satanás. El que apela á Dios en su auxilio permaneciendo en el camino del vicio, hace lo propio que el timador que llamase á la justicia en su ayuda para la comisión de su delito, ó como los que pronuncian el nombre del Señor en testimonio de sus mentiras.

Tacito mala vota susurro
Concipimus ¹.

Habría pocos hombres que osasen declarar los secretos ruegos que dirigen al Señor:

Haud cuivis promptum est, marmarq̄ue, humilisque susurros
Tollere de templis, et aperto vivere voto ²:

Por eso los pitagóricos querían que las oraciones de cada uno fuesen públicas, y que se pronunciaran en alta voz, á fin de que no se pidiese á Dios cosa indecorosa ó injusta, como aquel que

Clare quum dixit, Apollo!
Labra movet, metuens audiri: « Pulchra Laverna,
Da mihi fallere, da justum sanctumque videri;
Noctem peccatis, et fraudibus objice nubem ³. »

Los dioses castigaron cruelmente los inicuos deseos de Edipo, haciendo que se realizaran, pues había rogado que sus hijos resolvieran entre ellos, por medio de las armas, la sucesión de su Estado; tan miserable fué la suerte de sus descendientes al ser oída su palabra. No hay que pedir que todas las cosas se acomoden á nuestra voluntad, sino que ésta siga el camino de la prudencia.

En verdad parece que nos servimos de nuestras oraciones como de una jerigonza, lo mismo que los que emplean las palabras santas y divinas en brujerías y efectos mágicos, y que nos echamos la cuenta de que sólo la textura, el tono, el orden de las palabras y nuestro continente constituyen la eficacia de aquéllas, pues teniendo el alma llena de concupiscencia, desprovista de arrepentimiento y de toda reconciliación hacia Dios, le dirigimos las frases

1. Murmuramos en voz baja criminales oraciones. LUCANO, V, 404.

2. Pocos hombres hay que no tengan necesidad de rezar en voz baja y que puedan expresar alto lo que de los dioses solicitan. PERSIO, II, 6.

3. Luego de haber invocado á Apolo en alta voz, añade al punto muy bajito, moviendo apenas los labios: « Hermosa Laverna, procura-me los medios de engañar y de pasar por hombre de bien; cubre con un espeso velo, rodea de obscuridad tenebrosa mis secretas fechorías. » HORACIO, *Epist.*, I, 16, 59.

que la memoria presta á nuestra lengua y con ellas esperamos pagar la expiación de nuestras culpas. Nada tan fácil, tan dulce y tan misericordioso como la ley divina; ésta nos llama á su recinto majestuoso, por detestables y pecadores que seamos; nos tiende los brazos y nos recibe en su regazo por viles, puercos y encenegados que hayamos sido y que volvamos á ser en lo porvenir; pero, en recompensa, es preciso mirarla con deseos leales; es preciso recibir el perdón con acción de gracias, y al menos en ese instante en que nos dirigimos á ella, que el alma esté desolada de sus pecados y se sienta enemiga de las pasiones que nos empujaron á ofenderla. Ni los dioses, ni los hombres de bien, dice Platón, aceptan el presente de los malos.

Immunis aram si tetigit manus,
Non sumptuosa blandior hostia,
Mollivit aversos Penates
arre pio, et saliente mica ¹.

CAPÍTULO LVII

DE LA EDAD

No puedo aprobar la manera cómo entendemos el tiempo que dura nuestra vida. Yo veo que los filósofos la consideran de menor duración de lo que en general la creemos nosotros. « ¡Cómo! dice Catón el joven á los que querían impedir que se matase, ¿estoy yo en edad, á los años que tengo, de que se me pueda reprochar el abandonar la vida con anticipación? » Tenía entonces sólo cuarenta y ocho años, y estimaba que esta edad era ya madura y avanzada, considerando cuán pocos son los hombres que la alcanzan. Los que creen que el curso de la vida, que llaman natural, promete pasar de aquel tiempo, se engañan; podrían asegurarse de mayor duración, si gozaran de un privilegio que los librase del número grande de accidentes á que todos fatalmente nos encontramos sujetos, y que pueden interrumpir el largo curso en que los optimistas creen. ¡Qué ilusión la de esperar morir de la falta de fuerzas, que á la vejez extrema acompaña, y la de creer que nuestros días acabarán sólo entonces! Esa es la muerte más rara de todas, la menos acostumbrada, y la llamamos natural, como si tan natural no fuera morir de una caída, ahogarse en un naufragio, sucumbir en una epidemia ó de una pleuresía, y como si nuestra constitución ordinaria no nos abocara todos los días á semejantes accidentes. No confiemos en

1. Que manos inocentes toquen el ara sagrada, y calmarán las iras de los dioses Penates con un bollo de flor de harina y algunos granos de sal, con eficacia más grande que inmolándolos ricos víctimas. HORACIO *Od.* III, 23, 17.

esas esperanzas; el que se realicen es cosa siempre rara; antes bien debe llamarse natural á lo que es general, común y universal.

Morir de viejo es una muerte singular y extraordinaria, mucho menos frecuente que las otras; es la última y extrema manera de morir, y cuanto más lejos estamos de la vejez, menos debemos esperar ese género de muerte. Pero es la ancianidad el límite más allá del cual no pasaremos, y el que la ley natural ha prescrito para no ser traspuesto; mas es un privilegio otorgado á pocos el que la vida dure hasta una edad avanzada, excepción que la naturaleza concede como un favor particular á uno solo en el espacio de dos ó tres siglos, descargándole de las luchas y dificultades que interpuso en carrera tan dilatada. Así yo considero que la edad á que por ejemplo somos llegados, alcanzanla pocas personas. Puesto que ordinariamente los hombres no la viven, prueba es de que estamos ya muy avanzados en el camino; y puesto que traspusimos ya los límites acostumbrados, que son la medida verdadera de nuestra vida, no debemos esperar ir más allá, habiendo escapado á la muerte en mil ocasiones en que otros muchos tropezaron. Debemos, por tanto, reconocer que una fortuna tan extraordinaria como la nuestra, que nos coloca aparte de la común usanza, no ha de durarnos largo tiempo.

Es también un defecto de las leyes mismas el que consideren la duración de la vida como dilatada; las leyes no consienten que un hombre sea capaz de la administración de sus bienes hasta que no haya cumplido los veinticinco años, y apenas será dueño entonces del gobierno de su existencia. Augusto suprimió cinco de las antiguas leyes romanas para que la mayor edad fuera declarada, y acordó también que bastaban treinta para desempeñar un cargo en la judicatura. Servio Tulio eximió á los caballeros que habían pasado de los cuarenta y siete años de las fatigas de la guerra, y Augusto á los que contaban cuarenta y cinco. El enviar á los hombres al descanso antes de los cincuenta y cinco ó sesenta años no me parece muy puesto en razón. Entiendo que nuestra ocupación ó profesión debe prolongarse cuanto se pueda mientras podamos ser útiles al Estado; el defecto, á mi entender, reside en el lado opuesto, en no emplearnos en el trabajo antes del tiempo en que se nos emplea. Augusto fué juez universal del mundo cuando sólo contaba diecinueve años, y se exige que nosotros tengamos treinta para que demos razón del lugar en que hay una gotera.

Yo creo que nuestras almas se encuentran suficientemente desarrolladas á los veinte años; á esta edad son ya lo que deben ser en lo sucesivo y prometen cuantos frutos puedan dar en el transcurso de la vida; jamás espíritu que no haya mostrado entonces prenda evidente de su fuerza,

presentará después la prueba. Los méritos y virtudes naturales hacen ver en aquel término, ó no lo hacen ver nunca, lo que tienen de esforzado y hermoso:

Si l'espine non picque quand nai,
A pene que picque jamai ¹,

dicen en el Delfinado. Entre todas las acciones nobles de que tengo noticia, sea cual fuere su naturaleza, puedo asegurar que son en mayor número las que fueron realizadas, así en los siglos pasados como en el nuestro, antes, que después de los treinta años, y muchas veces en la vida misma de un hombre ocurre lo propio. ¿No puedo asegurarlo así de Anibal y de Escipión, su grande adversario? La primera hermosa mitad de sus vidas ganaron la gloria que gozaron luego; fueron después grandes hombres, sin duda, comparados con otros, pero no con ellos mismos. En cuanto á mí, tengo por probado que desde que pasé de aquella edad mi espíritu y mi cuerpo se han debilitado más que fortalecido: he retrocedido más que avanzado. Es posible que en aquellos que emplean bien su tiempo, la ciencia y la experiencia crezcan á medida que su vida avanza; pero la vivacidad, la prontitud, la firmeza y otras varias cualidades más importantes y esenciales, son más nuestras cuando jóvenes; luego se agostan y languidecen:

Ubi iam validis quassatum est viribus ævi
Corpus, et obtusis ceciderunt viribus artus,
Claudicat ingenium, delirat linguaque, mensque ².

Ya es el cuerpo el que primero sucumbe á la vejez, ya el alma: he visto muchos hombres cuyo cerebro se debilitó antes que el estómago y las piernas, mal tan desconocido al que lo sufre como peligroso. Por todas estas consideraciones y razones encuentro desacertadas las leyes, no porque nos dejen permanecer hasta demasiado tarde en la labor, sino porque no nos ocupen antes. Paréceme que si se reflexionara en la fragilidad de nuestra vida y en los mil escollos ordinarios y naturales á que está expuesta no debiera repararse tanto en el año en que nacimos, ni dejarnos tanto tiempo en la inactividad, ni emplearlo tan de sobra en nuestro aprendizaje.

1. Si la espina no pica cuando nace, apenas picará ya jamás.

2. Cuando el esfuerzo poderoso de los años ha encurvado los cuerpos y gastado los resortes de una máquina agotada, el juicio vacila, el espíritu se obscurece y la lengua tartamudea. LUCRECIO, III, 452